

NICEAS

Javier Ricardo Salcedo Casallas
jasalcedo@lasalle.edu.co
Vicerrectoría Académica
Universidad de La Salle
19/04/2024

Desde el borde de un risco, justo al frente del mordisco que le hicieron a la pendiente de la montaña en donde se sostiene una casa modesta de bareque, en el centro de un país campesino, el niño Niceas ve cómo su padre y hermanos rayan la falda de otra pequeña montaña con una serie de surcos, adornándola de escaleras.

–¡Niceas! ¡Niceas! ¡Ven! –le gritaba el padre, invitándolo a lanzar borbotones de un polvo blanco y cristalino por sobre el manto verde-negrusco que recién había sido podado de la maleza nociva.

Al niño Niceas gustaba mucho la poda, aspiraba el olor fresco de las pequeñas ramitas segadas que se fusionaban con los aromas emitidos por los seis sépalos amarillo-verdosos de las flores del aguacate y el perfume afrutado de los racimos de las matas de plátano que bordeaban el cultivo del aguacate.

Durante las noches, el niño Niceas, esperaba a que su padre, hermanos y abuela

se durmieran y salía a su risco justo al frente del mordisco que sostenía su pequeña casa blanca, con un vasito esmaltado expidiendo el gas tostado de un café recién caliente, para volver a sentarse en el borde. Mientras su mirada nocturna atravesaba el horizonte infinito de la estrellada noche, gustaba dejarse acariciar por una corriente suave y taciturna del viento oloroso de pinos venido de las colinas más altas que se erigían por detrás de su valiente casa, en donde finalizaba la gran meseta sabanera y emprendía carrera el gran cañón que surcaba un valle, repleto de colinas aún vírgenes.

Allí, en medio de la noche, el pequeño Niceas componía la soledad en su cabecita de siete años. Entre los pequeños borbotones de luz lunar que medio dejaba ver fragmentadas estampillas de esos surcos labrados entre la barriga de la montaña, imaginaba que los escalones dibujados por el trabajo del padre y sus hermanos, eran hechos para el Mohan del bosque –hombre

de pies grandes que vigilaba las siembras en las noches del clima templado—. Todos los lugareños reconocían la vigilia de aquel ser cuando los cientos de chicharras estridulaban, inflando y desinflando sus pequeños abdómenes transformándose en los timbales de las cadenas sucesivas del verde apagado por la noche. El niño Niceas también reconocía que aquel gigante se movía de un lugar a otro cuando las luciérnagas encendían sus barriguitas fluorescentes en una sincronía aterradora para las tinieblas de la plantación de aguacates, demarcando caminos evanescentes. Sabía que debía recorrer todas las noches como cuarenta y nueve hectáreas y, a su paso, trastocaba las bayas ovaladas verdes y pesadas que doblan las ramas de las perseas, haciendo reverencia al aire vaporoso de las tierras cálidas. Y así pasaba el tiempo, noctámbulo, en medio de aquel torbellino de imágenes y de aromáticos instantes que le hacían desaparecer su aversión a una rasquiña en la oreja izquierda.

El niño Niceas fue aprendiendo de cultivo con el paso de los meses. La existencia de cremosas grasas naturales verde-amarillas: el Hass, el Bacon, el Pinkerton el Fuerte, y el Reed, que cultivaba su padre y recogía en los pepeos cada ocho días para venderlos a un señor alto y delgado, canoso, de ojos zarcos que venía

de Bogotá y tenía varios vendedores ambulantes, evitando al padre otros intermediarios en el mercadeo de esta fruta aceitosa y codiciada por los paladares urbanos.

Cada semana un día antes de que don Jesús, el señor canoso y alto, anunciara desde lejos su llegada con una estela de polvo que alborotaba con su camioneta Chevrolet 4x4, el niño Niceas se iba en el ocaso silvestre al pequeño cobertizo en donde se almacenaban los aguacates recogidos durante el jornal. Allí, sacaba de las canastillas un fruto de cada variedad recogida y las coloca una al lado de la otra para empezar a jugar.

Primero los disponía del más pequeño hasta el más grande y empezaba a contar: uno, aguacate Hass; dos, aguacate Reed; tres, aguacate Pinkerton; cuatro, aguacate Bacon y cinco, aguacate Fuerte. Luego, sacaba más y los coloca uno tras de otro según el tamaño hasta completar cinco filas con veinte hileras. Sumaba todos los aguacates hasta llegar al último cuarentavo, tratando de imitar a sus hermanos, quienes situaban en filas e hileras las diferentes variedades de aguacates almacenados en grandes canastillas de plástico en las que depositaban veinte aguacates. En total, y dentro de su gusto matemático, el niño Niceas conto algún día un total de veinte

canastillas de abajo y hasta el techo del cobertizo, puesto que no era alto y, detrás de las filas, contó cinco filas de las mismas canastillas.

Intentaba con su pequeño ejercicio de cálculo, descubrir cuantos aguacates recogían su padre y hermanos; además, estaba, fascinado en saber, cuánto ganaba el papá por la venta de esos aguacates cada vez que llegaba don Jesús. Solo había escuchado que, dependiendo de la variedad, ese señor le entregaba al papá un fajo de billetes de diez y veinte mil pesos y que con eso compraba la cal, las semillas y la comida para la casa. Sabía que por un kilo de Hass el señor llegaba, después de un regateo acompañado de un vaso esmaltado repleto de café, a ofrecerle al papá treinta y tres pesos; por un kilo de Reed treinta y cinco pesos; por un kilo de Pinkerton treinta dos pesos; por un kilo de Bacon treinta y siete pesos y por un kilo de aguacate Fuerte treinta y seis pesos. Nunca pudo llegar a la cifra real porque cuando el padre le preguntaba a él y hermanos, por cómo iba la suma, todos soltaban la carcajada al escuchar sus pequeñas especulaciones financieras del negocio que algún día Niceas soñaba tener. Porque ¿qué niño, como Niceas, no sueña con llegar a ser tan grande como el papá?

Con el paso de varias hojarascas el niño Niceas contaba con más dificultad. El alcanfor que el padre le untaba en sus pequeñas orejas ya no daba abasto. Se quejaba con el padre de que ya no podía escuchar bien el paso del gigante; no sabía cuándo estaba caminando porque poco percibía los timbales estridentes de las chicharras; lo que sí podía ver, pero pasados unos segundos, era la estela fluorescente de la antorcha natural de las cigarras que solo le retrasaba a la mirada y la confundía porque, así como iluminaba, tan rápido, de esa forma desaparecía, demarcando rutas insospechadas por los ojitos del niño Niceas, que le hacía perderle el rastro. Y eso le desesperaba.

—¡Me arde! ¡Me arde! —repetía el niño Niceas al padre después de la primera recogida del primer cultivo de aguacates.

Un flaco papalotillas, cuyo zumbido molesto no escapó a la mano del pequeño, que le trenzó automáticamente entre los dedos, apagando el rabioso sonido; luego del pinchazo que le depositó en un rincón absurdo del pabellón de la orejita del niño Niceas. Y desde esa cotidiana picadura el niño tomó de tarea contar aguacates en el pequeño cobertizo.

El niño Niceas ahora bajaba y subía la colina de su casa de bareque, iba de la

montaña de su casa a la colina del frente, donde su papá y hermanos recogían los frutos del aguacate, siempre intercalando las manos hacia la pequeña oreja lívida izquierda envuelto en movimientos inquietantes casi patológicos porque el grado de extroversión le aumentaba a tal punto que en ese ir y venir mostraba su urgencia corporal, siendo desleal a su forma normal de reserva psíquica.

Al principio su padre y hermanos disimulaban con juegos y chanzas la extroversión contorsionada del niño Niceas, aprovechando las risas que traía en las correrías ahora más frecuentes. Sus miradas se profundizaban en los aguacates cuando el pequeño se acercaba apostando carreras, casi como un atleta experto en trail running, demostrando una gran fortaleza en sus piernas y, luego miraban alejarse, envolviendo una preocupación que no deseaban reconocer.

Correr entre estas montañas le proporcionaba al niño Niceas una reducción de la crónica supuración ulcerosa, muy diminuta que empezaba a fastidiar en el lugar del punzón que le había inyectado el parálítico papalotillas. Le hacía sentirse vigoroso y sano. Es más, aumentó su gusto por las comidas a las que los había acostumbrado su madre, pero lo que más le fascinaba, la salsa de aguacate que jamás se

ponía negra por quién sabe qué ingredientes usaba la señora Ana. Ella era la abuela materna que había viajado cuando la madre del niño Niceas estaba enferma y la cuidó hasta que ya su cuerpo no soportó más y murió. La cremosidad y el ácido del limón y los jalapeños fusionados en la delicada grasa del aguacate, al lado del plátano verde y maduro fritos, con arroz de ajo, era el tesoro más apreciado por el niño Niceas.

–Padre...padre, no te olvides de comprar esas laticas de atún..., mira que mi abuelita me prometió, mañana hacerme aguacate rellenito de atún... –decía el niño Niceas a su padre, el día martes, cuando bajaba al pueblo más cercano a mercar y a abastecerse de los insumos necesarios para mantener los cultivos de su finca.

Es que la abuelita Ana, los días miércoles, cogía los aguacates que le dieran, sin importar la variedad, y los convertía en esmeraldas balsámicas apetecidas a tal punto que nadie se quedaba sin repetir. El niño Niceas logró que su abuelita le enseñara a preparar este plato. Lo que no supo es que Ana estaba preocupada por él. Lo miraba cada día muy delgado, sabía que sufría insomnio y muchas veces tuvo que pararle una fiebre rara porque aparecía en cualquier momento.

–Quizás es porque esta desnutrido –
decía la abuelita.

Envuelta en esta intranquilidad, Ana cogía la canasta de huevos de una repisa de madera larga, a un costado de la estufa de carbón, y sacaba cinco para cocerlos en una olla grande, cubierta de una capa gruesa negra que se había afianzado entre la grasa diaria y el tizne del hollín de las hornillas de la cocina de carbón de leña, que al tocarla parecía a la textura del aguacate Hass. Mientras se cosían los huevos, el niño Niceas veía a su pequeña abuela tomar diez aguacates para cortarlos por los laditos y sacar la pepa que retirada con el mismo cuchillo delgado que usaba por la punta y empuñaba con seguridad, clavándolo con suavidad a lo largo de la piel de cada aguacate haciendo cinco líneas, de lado a lado. Terminadas, cambiaba la posición del filo del largo cuchillo gris, para hacerlo derrapar más de ocho veces en el adentro de la piel de los aguacates, delineando pequeños cortes que formaban cubos, sin rasgar las cáscaras. Retiraba los cubitos cremosos con una cuchara ovalada de metal blanco, desgastada por el paso de cientos de comidas que había sostenido sin derretirse.

Depositaba los pequeños trozos de grasita en una ensaladera de metal que había logrado comprar en un mercado de

pulgas móvil que pasaba por la vereda cada mes, hasta casi llenarla por completo.

–¡Mira! Abue, se van a salir los aguacaticos! –decía el niño Niceas emocionado rascándose la orejita izquierda, pero absorto ante el voluminosa y cremosa geometría lograda por la abuela.

Mientras, la abuelita esparcía los cristales de la sal que eran cubiertos por el polvillo de la pimienta negra, dejando ver pequeñas pecas marrones que hacían sonrojar al pequeño Niceas. Los ojos azules de la abuela se extasiaban durante esa preparación y solo se movían de aquí para allá, guiando sus manos hacia un limón que apretaba como pudo hasta hacerle llorar de emoción el apreciado néctar de su ácido refulgente que bañaba la textura de los cubitos, de la sal y corría las pequitas hasta hacerlas desaparecer. Con la misma cuchara ovalada removía las fragancias ácidas de las especias, y el potente aroma picante y la sal, la abuela lograba la cremosidad que gustaba a los comensales de la finca. Y sin cansancio picaba cilantro hasta hacerlo añicos, pronunciando los efectos aromáticos que esparcía en la crema ácida y picante. De repente, se les humedecían los ojos estimulados por el azufre que agarraba la cebolla durante su gestación y que ahora le daba el toque final al plato que esperaba el niño Niceas. La odisea de aquella receta

culinaria, de ahí en adelante, finalizaba con un rayado de huevo que se agregaba junto con la cebolla picada a la crema de aguacate lograda por la abuela del pequeño y a la que se añadía atún, todo propuesto para revolverlo con una gota abundante de mayonesa. El asunto siguiente era rellenar las mitades de las cascarás de los aguacates con esa cremosa mezcla y en esto, la abuela Ana, le permitió al niño Niceas participar.

Las horas y los días que mezclados integraron los meses de correrías, de comidas y de la rasquiña maldita del niño Niceas llegaron a su fin. Cumplidos seis meses, todos extrañaron la presencia de Niceas y pararon las actividades: el papa esparciendo cal, los hijos rasurando la maleza y recogiendo los frutos, y la abuela elaborando sus recetas con aguacates. Buscaron al niño Niceas en la casa y luego en el pequeño cobertizo, pero no lo hallaron.

–¡Niceas! ¡Niceas! ... ¿dónde estás? – gritaban desconcertados.

De pronto, el niño Niceas apareció subiendo hacia la casa blanca de bareque, sosteniendo en sus manitos algo. Todos quietos asombrados corrieron hacia él.

–Se ha caído la oreja –gritaba el niño Niceas sin llanto y añadió–, y por fin, ya no me rasca nada.

Fuente:

Salcedo, J. (2022). Niceas. En ITA (2022). De anécdotas a fantasías. Historias que atraviesan dimensiones. Ita Editores, Bogotá.